# PRÓLOGO

**El deleitoso y repulsivo poder del mal**

Tuve el placer de conocer al profesor Ahmed Oubali en la entrevista que me concedió sobre su segundo libro de relatos titulado *Perfidia de áspid.* El evento, realizado y emitido por nuestro equipo del Canal 1 de RTM (crónica: "Tengo un libro para ti"), tuvo lugar en la prestigiosa biblioteca de la Universidad Ibn Tofail de Kenitra, el 7 de mayo de 2021. De aquel encuentro nació nuestra amistad que no ha cesado desde entonces. Y heme aquí, esta vez, solicitada y complacida a prologar su sexto libro, con dos nuevos relatos, tan espeluznantes e impactantes como los anteriores, pero con, además, una novedad teórica: el autor entrelaza los tres componentes de la narrativa policial en los que los protagonistas se ven envueltos: el misterio, que invita a descubrir quién es el asesino en serie y qué motivos lo mueven; el thriller psicológico, que abarca las acciones desgarradoras de suspense y terror; y el *noir* propiamente dicho, que aborda los temas de violencia, sexo perverso, malestar social y muerte.

En la galaxia literaria, Ahmed Oubali compara el relato con un agujero negro que implosiona y se consume cerrándose hacia dentro, en oposición a la novela, que explosiona y se expande abriéndose hacia afuera. Las leyes narrativas funcionan antagónicamente en ambos sistemas. Lo importante en el relato corto es la trama; en la novela, los detalles superfluos y los personajes. En el relato importa determinar a priori el principio y el final. El primero y el último párrafo son fundamentales. En la novela, todo es relevante, incluso lo banal; en el relato, solo lo que impacta e invita a la inteligencia a descifrar misterios y a afrontar emociones. El relato obliga a ser conciso, a destilar y alambicar hechos y situaciones, dosificándolos al máximo. Un relato, dice Oubali, lo puedes "devorar" sin percatarte del tiempo que pasa. Pero también puedes sentirte "devorado" por él. Es lo que el autor llama "antropofagia narrativa": decir mucho con pocas palabras, elegir palabras impactantes, extractar el suspense gota a gota, borrando todo lo superfluo. Tal no es el caso con una novela, llena de perífrasis y circunlocuciones. Tampoco tiene que ver con lo que se escribe recientemente: una literatura light con una temática banal y chapada a la antigua.

En los dos relatos que nos ocupan, volvemos a encontrar los mismos ingredientes del thriller que caracterizan la escritura de Oubali: Una tensión permanente que cautiva al lector del principio al final. Cuanto más se aplaza el enigma por descifrar, más aumenta el placer de la lectura y la tentación de juguetear con la muerte virtual.

En ambos relatos, el autor insiste en describir la psicología de la víctima, es decir, el thriller es narrado desde esta perspectiva, y el villano (un asesino cuerdo o un demente) es utilizado solo como instrumento causa-efecto del crimen. En cuanto a la lujuria, el autor utiliza el exhibicionismo y el voyerismo como pretexto para enganchar al lector e involucrarle en la trama criminal. Los tres elementos recurrentes en sus relatos (sexo, angustia y muerte) son correlativos en la mente de la víctima y la de su asesino. Funcionalmente, es esta relación carnal y violenta la que más interesa al lector. Este enfoque, según el autor, traduce con más contundencia el ambiente sadomasoquista descrito y acrecienta el suspense para cautivar la atención y la participación del lector permanentemente, involucrándolo en la trama y la angustia que afectan al protagonista. Aquí se han llevado a sus extremos la mortificación y la degradación del cuerpo de la víctima... y el del texto mismo.

No conviene, en un prólogo, ahondar en los perfiles psicológicos ni en los enredos de la trama, descritos con tanta maestría y saber magistral por el autor, pero sí aludiré a la temática de forma general.

En ambos relatos, los protagonistas se ven, muy a su pesar, involucrados en el mundo del crimen, enfrentados al mismo asesino, expuestos a su maldad y crueldad. Tanto en *Tétrica mente*, como en *La marca de Aisha Kandisha*, la intriga gira en torno a unos asesinatos cometidos en circunstancias misteriosas y en una atmósfera criminal paranoica, cargada de violencia, sexo, poder enfermizo y dinero sucio.

El primero trata de un crimen casi perfecto, planeado con álgebra y lógica: el asesino inyecta escopolamina a sus víctimas, antes de violarlas y asesinarlas. Según el propio autor, se trata de un sulfúrico relato que provoca una tormenta en la mente del lector, una sensación permanente de mareo, haciendo que los hechos narrados desfilen como en una hipnótica espiral, causando remolinos, ora de estupor, ora de gozo sexual, ante la barbarie del crimen.

El segundo relato trata de una cruel venganza: en un pueblo situado al sudoeste de Tiznit, conocido como un remanso de paz por su lago Izamast, ocurre inesperadamente una serie de crímenes de los más sutiles y bárbaros a la vez.

En ambas narraciones, la policía no tiene pistas. Nadie ha visto nada. El *que sabe algo, en cambio, es el lector*. A medida que avanza la trama, va tejiendo hilos en aquel ambiente tremebundo y caótico. Los sospechosos no faltan, pero todos tienen coartadas de hierro fundido. Y el ingenioso asesino en serie está entre ellos. El lector baraja las pistas de tres móviles que son el sexo, el dinero y la venganza, pero ¿cuál de ellos considerar? El brusco y sorpresivo desenlace sacudirá a todos cuando -al final del relato- cesa el juego de las apariencias, caen las máscaras y surge la aterradora verdad, previamente ocultada por el narrador.

Como lectora asidua de este excelente e ingenioso escritor -también profesor, crítico literario y fundador del género negro en Marruecos-, debo subrayar que lo que más me sorprende e impacta, leyendo sus cautivantes y excelentemente construidos relatos, es el profundo conocimiento que tiene de la psicología humana. Las intensas y variadas emociones que nos infunden sus narraciones, nos lo muestran. El autor reconoce que sus descripciones físicas y psíquicas de los protagonistas (villanos y buenos) suelen ser a veces largas, pero cumplen precisamente la función de ahondar en la maldad y la bondad humanas. El villano se deleita martirizando a sus víctimas; al bueno, esto lo repulsa, consolidando sus principios morales.

Leyendo a Ahmed Oubali, descubrimos que, más allá de los crímenes descritos, los humanos somos personas débiles, con nuestras propias fobias, nuestros vicios y virtudes; somos sensibles y profundamente emotivos: Una niñez sin afecto ni estima no puede generar una madurez feliz. El motor que nos rige es, dice el autor, la pulsión de realizar nuestros deseos más trascendentales e íntimos. Pulsión de vida que, por desgracia, entra en conflicto con la pulsión de muerte. Es la eterna historia de la lucha entre Eros y Tánatos. Y la literatura, nos recuerda el autor, es el gran laboratorio donde se describe esta lucha, desde emociones y sentimientos de placer hasta las dolencias más horrendas, pasando por la alegría, la ansiedad, el vicio, hasta topar con nuestra propia muerte. En cuanto a la lectura y la escritura, constituyen, ante todo, la única expresión intuitiva (y ficticia) de nuestras exaltaciones, mediante las palabras.

*Se trata de operar una catarsis para restaurar el Yo dañado,* dice el autor.

A quienes tenemos el inmenso privilegio de disfrutar leyendo la obra de Ahmed Oubali, elaborada en un lenguaje a la vez sencillo y profundo, expresivo y conciso, nos complace simplemente agradecerle haber compartido parte de ese mundo tan complejo y emocionante del thriller psicológico, cuyo poder persuasivo, deleitoso para unos y repulsivo para otros, nos ofrece nuevas formas de leer e imaginar cuentos.

**Nidal Bouhmala**, periodista

Rabat, a 4 de enero de 2024.